

# No es fácil ser Watson

Andrea Ferrari

Ilustraciones de Carlus Rodríguez

loqueleg

**N**o sé para qué o para quién escribo esto, pero ahora que estoy decidido no me importan los motivos: tengo que hacerlo rápido, antes de olvidar las múltiples vueltas de este asunto. Si llega el momento de que este relato se haga público, va a ser necesario, por supuesto, cambiar nombres y eliminar detalles para ocultar quiénes somos. Él no me perdonaría si no lo hiciera. Pero hasta que eso suceda, voy a contar todo tal cual lo recuerdo, incluso los aspectos que no me dejan muy bien parado. Lo que me propongo es hacer un retrato de esta extraña historia tan preciso como mi memoria lo permita.

Fui yo quien sugirió la idea cuando el caso había terminado.

—Habría que escribirlo —dije—, poner en palabras de alguna manera este asunto en el que nos metimos.

—Hacelo, si querés —me contestó sin darle mucha importancia.

—¿Yo? Más bien pensaba que lo hicieras vos: finalmente fuiste quien estuvo más...

Negó con la cabeza sin dejarme terminar.

—No tengo tiempo. Y, además, no hay duda de que lo tenés que hacer vos, Watson. Es una cuestión de coherencia literaria.

Odio cuando habla como un libro.

—¿Qué?

—Coherencia literaria —repetió, como si mi problema fuese auditivo—. En los libros de Conan Doyle es Watson el que relata las aventuras de Holmes. Y vos sos Watson.

Sí, yo soy Watson. Es decir, el segundón. El que permite que Sherlock se luzca. El que tarda en entender las cosas. No es fácil ser Watson, eso puedo asegurarlo: uno se siente un idiota la mayor parte del tiempo. Pero eso es otro asunto. Vamos a los datos, como diría el auténtico Holmes. Los datos son lo esencial: no se puede hacer ladrillos sin arcilla y todo eso. Son tantas las veces que escuché esas frases que ya me aprendí varias de memoria.

Esta historia empezó un lunes a la tarde. Yo había ido a la casa de Sherlock para que estudiáramos

matemática (en fin, voy a ser sincero: para que él me explicara lo que no entendía) y me pareció que no andaba muy bien. Un poco deprimido. Aunque no le gusta admitirlo, Sherlock sufre de abruptos cambios de ánimo con cierta frecuencia. Yo ya lo conozco bastante como para darme cuenta cuando está en uno de esos días grises en que lo invaden el malhumor y la melancolía. Tengo mi propia teoría sobre esos vaivenes: creo que son una consecuencia de la presión que sufre por vivir ocultando quién es en verdad. Porque Sherlock solo es Sherlock unas pocas horas por día y, a veces, ni siquiera eso. El resto del tiempo es Francisco Méndez, tal como aparece en sus documentos: un chico que está terminando el secundario aunque sólo tiene quince años, que es buen alumno pero no se destaca en la escuela, que pocas veces habla y casi nunca participa en actividades grupales. Es decir, un chico del montón en el que sus compañeros o profesores se fijan rara vez y solo para señalar su extravagancia. Que tiene pocos amigos. Mejor dicho, que tiene un solo amigo: yo.

A veces extraño la época en que Sherlock se mostraba abiertamente tal cual es, con toda su inteligencia y su brillo. Pero fue él quien decidió transformarse y no puedo culparlo: ser un chico genio le resultaba insoportable. Lo decidió después

de participar en ese infernal concurso televisivo de preguntas y respuestas que lo volvió famoso, hizo que la gente lo señalara por la calle y le pidiera autógrafos. Algunos hasta querían tocarlo, como si fuera un perro. Algo francamente desagradable.

Cuando años después optó por cambiarse de colegio y hacerse invisible a los demás —es decir, modificar un poco su aspecto y negar cualquier relación con aquel chico de la televisión—, me arrastró con él. Y allá fue el fiel Watson. No sé bien por qué lo seguí, quizá fue simplemente que no pude decirle que no. Supongo que yo también siento que nuestros caminos están unidos desde los tiempos del concurso, cuando lo ayudaba a prepararse para responder sobre el detective. Así fue que recibimos los apodos de Sherlock y Watson. Porque de eso se trata todo, por si alguien aún no lo sabe: mi amigo es un obsesivo, neurótico, genial experto en Sherlock Holmes. Probablemente el mayor experto en el mundo.

Pero volvamos a aquel lunes. Veníamos de la panadería con la docena de sándwiches de miga que nos había encargado su madre, cuando le pregunté qué le pasaba.

—Estoy aburrido, Watson, mortalmente aburrido. Quisiera que pasara algo que me trajera un poco de movimiento a la vida.

—El sábado hay fiesta en lo de Natalia —le dije—. Invitó a todo el curso.

Por supuesto, fue un comentario estúpido. Yo sabía que eso no producía en él ningún tipo de excitación. Suspiró.

—“Una de esas molestas convocatorias sociales que lo obligan a uno a aburrirse o a mentir”.

—¿Eso es una cita de Holmes?

—Sí, de *El aristócrata solterón*.

—Solterón te vas a quedar vos, Sherlock, si seguís así. ¿No te parece que existe una posibilidad, digamos al menos una leve posibilidad de que vayas a una fiesta y te diviertas como cualquier persona?

—No. Pero no te preocupes, Watson, sé que vos estás muy entusiasmado. Hasta fuiste a cortarte el pelo y lograste que tu madre no te acompañara.

—¿Qué?

Me llevé la mano a la cabeza instintivamente, tocando mi pelo recién cortado. No le había dicho nada sobre eso. Sonrió complacido: si hay algo que le gusta es sorprenderme una y otra vez con sus deducciones.

—Por supuesto me di cuenta de que te cortaste el pelo: unos dos centímetros, diría. Cuando vas con tu madre te cortan un poco más:

tres o cuatro centímetros. Supongo que ella quiere sacarle el jugo a la visita a la peluquería, pero a vos te parece exagerado y durante un tiempo te mirás con irritación en el espejo. Esta vez el corte fue mucho más discreto: es obvio que negociaste por tu cuenta. ¿Acerté?

—Ajá —admití algo molesto—. Fui ayer.

—Y la chica en cuestión es Martina. ¿O me equivoco?

—¿Qué chica?

—Watson —me miró divertido mientras sacaba la llave para abrir la puerta de su edificio—, no vas a pensar que no me di cuenta de que te gusta esa...

Fue la imagen de una mujer parada junto al ascensor lo que nos interrumpió. Era Aurora, la portera, y tenía la cara desencajada.

—Aurora, ¿le pasa...?

Ella no lo dejó terminar.

—¡Querido! Qué suerte que te encuentro. Necesito que me ayudes.

—¿Qué pasó? ¿Las cucarachas?

—No, nada que ver. Es algo que vi en el séptimo B. Algo que me dejó muy asustada.

En ese momento me miró con recelo, como invitándome a dejarlos solos. Me molestó, porque me había visto un millón de veces antes.

¿A qué venía ahora la desconfianza? Sherlock hizo un gesto tranquilizador.

—Arturo es mi amigo —dijo—. Hable tranquila.

—Bueno. La cosa es así. No sé si sabías que los Rodríguez están de viaje. Paulita, la hija, se quedó, pero como este fin de semana iba a estar en una quinta me pidió que pasara a darle comida al gato. Hace un rato pasé y toqué el timbre, para saber si había vuelto. Como no contestó nadie, abrí con mi llave y vi... lo que vi me paralizó.

—¿Qué?!

A Sherlock le había cambiado la cara por completo. El tedio que mostraba diez minutos antes había desaparecido y ahora lo devoraba la expectativa. Creo que esperaba como mínimo un cadáver.

—Un revólver —dijo Aurora y la decepción de mi amigo fue palpable.

—¿Un revólver? ¿Dónde?

—Sobre la mesa. Yo me asusté y llamé en voz alta: “¡Paulita!”. Pero no hubo respuesta. Entonces me asusté más todavía: ¿y si la persona que había dejado eso todavía andaba por ahí? ¿Si era un asesino o un ladrón?

—¿Y qué hizo?

—Me fui corriendo, por supuesto. Pero me pregunto si no tendría que llamar a la policía. ¿Qué hago? Sé que vos podés ayudarme: por algo sos Sherlock.

Acá debería aclarar algo sobre el pasado de mi amigo. Su pasión por las investigaciones criminales lo llevó tiempo atrás a meter la nariz en una serie de asesinatos. Aunque su intervención fue decisiva, no se difundió públicamente su nombre: como era menor de edad, un juez prohibió que los medios lo diesen a conocer. Para su inmensa alegría (odia la notoriedad más que nada en el mundo) solo dijeron que era un adolescente apodado Sherlock quien había descubierto la verdad. Y, sin embargo, en su edificio todos parecen saber cómo fueron las cosas, un asunto que, hasta yo me doy cuenta, apunta sin lugar a duda a la enorme boca de su madre, incapaz de guardar silencio sobre cualquier cosa que lo afecte a él. Pero como han sido advertidos, todos fingen que no lo saben y Sherlock finge que no sabe que ellos saben. Eso sucede la mayor parte del tiempo. Salvo en situaciones como esta, en que Aurora estaba claramente desbordada por los nervios.

—Me pongo en tus manos —insistió.

No creo que a él le entusiasmara tener a la

señora en sus manos, pero era evidente que sí le entusiasmaba meterse en el asunto.

—Por supuesto —respondió—. Lo primero que tenemos que hacer es examinar el departamento. Y entonces vamos a poder decidir a quién llamamos.

—Está bien —dijo ella—. Sabía que podía confiar en vos.

Sherlock llamó el ascensor y se preparó para entrar en acción. Lo primero que hizo fue encajarme a mí el paquete que llevaba. Así eran las cosas: yo no solo era Watson, el segundón, el ayudante, el lento: también era el que le llevaba los sándwiches de miga.



**P**ensaba que nos íbamos a encontrar con la escena de un robo, revuelta y caótica. Sin embargo, todo estaba en perfecto orden. La única cosa que desentonaba en esa sala tradicional de sillones marrones y alfombras con motivos persas era la pistola sobre la mesa. Había también una mochila negra abierta y una nota a medio escribir. Me incliné para leerla.

—No toques nada —dijo Sherlock, lo cual me irritó bastante. No seré un genio, pero leí suficientes novelas policiales para saber perfectamente que en una escena criminal uno no debe tocar nada.

—Es rara —dijo Aurora, que también se había acercado a leer.

Efectivamente, la nota era rara. Decía así:

*Por si me pasa algo malo, quiero que se sepa que J*

Eso era todo. A su lado, además de la mochila, había una birome y un vaso con un poco de agua.

—Vamos a echar una mirada por la casa —dijo Sherlock—. Aurora, por favor quédese junto a la puerta, por si viene alguien.

En realidad, creo que lo único que pretendía era que no lo molestara. Quizá pensaba encontrar algo realmente impactante: un cuerpo descuartizado en medio de un baño de sangre o varios cadáveres apilados sobre la cama. Pero no había nada de eso. Las dos habitaciones estaban vacías. La de los padres lucía impecablemente ordenada: ni un papel fuera de lugar. La otra, que obviamente pertenecía a Paula, mostraba más señales de vida humana: la cama desarmada, algo de ropa femenina sobre la silla, zapatillas en el suelo y el escritorio cubierto de papeles y libros. Pero de cadáveres, nada.

Entramos entonces a la cocina. Se veía limpia, aunque ordenada sin mucho esmero. En el secaplatos había una cacerola, vasos y cubiertos. La puerta que daba al lavadero estaba entreabierta y cuando nos asomamos hubo un movimiento brusco que por un instante me paralizó el corazón.

—Solo es el gato —dijo sin inmutarse Sherlock.



por si me pinto  
algun mal,  
quiero que  
se sepa que )

A eso siguió un fugaz paso por el baño, que no reveló nada fuera de lo corriente, aunque él pareció interesarse excesivamente en el contenido del botiquín. Volvimos a la sala.

—¿Usted tocó algo al entrar? —le preguntó Sherlock a Aurora.

Ella pareció ofendida.

—Nada, por supuesto.

—¿Entonces estaba todo exactamente igual a como está ahora? —insistió él.

—Bueno, cerré la puerta del balcón.

—¿El balcón estaba abierto?

—Sí, un poco. Al entrar noté que producía corriente con la puerta abierta. Entonces fui a cerrarla: cuando me di vuelta vi el arma en la mesa.

Sherlock se había acercado a la puerta y observaba la cerradura.

—¿Estaban cerradas las dos llaves?

—No —Aurora se detuvo pensativa—.

Ahora que lo mencionás, eso me llamó la atención. La llave de arriba no estaba puesta y solo le di una vuelta a la de abajo.

—¿Y cuándo había venido usted por última vez?

—Ayer al mediodía. Y cerré con las dos llaves, seguro.

Sherlock fue hasta la ventana y miró hacia fuera. En realidad, creo que solo estaba buscando un lugar para pensar. Después se volvió.

—¿Dónde se supone que está Paula?

—El viernes se fue a una quinta: fue cuando me pidió que alimentara a Tino. Dijo que volvía hoy.

Él asintió, pero no dijo nada.

—¿Entonces? —Aurora parecía desconcertada—. ¿Llamamos a la policía?

—No por ahora. La puerta no parece forzada. Tengo la impresión de que la persona que estuvo aquí tenía las llaves. Es decir que puede ser la misma Paula o algún amigo a quien dejó pasar. No hay duda de que la cuestión es extraña, pero me parece que antes que nada hay que tratar de hablar con ella.

—Tenés razón —la mujer sonrió—. Como siempre, brillante.

Hay cosas que me enferman. Es cierto que Sherlock es muy inteligente, pero los que se babean por cualquier obviedad que dice me vuelven loco. Suspiré y me senté mientras Aurora buscaba el número del celular de Paula.

Demoró un buen rato, durante el cual me entretuve imaginando la posibilidad de que la chica estuviera desaparecida, lo que hubiera vuelto

todo el asunto mucho más intrigante. Quizá la habían matado y el asesino había dejado el arma allí, como una señal. Pero mis ensoñaciones se perdieron en la nada: Paula atendió enseguida y todos tuvimos que escuchar el incoherente relato de Aurora sobre la aparición del arma. Era obvio que la chica no tenía idea de lo que había pasado.

—Estoy acá con Sher... con Francisco, el del tercer piso —aclaró al final la mujer—. Tuvo la amabilidad de acompañarme.

Segundos después le extendió el auricular a mi amigo.

—Quiere hablar con vos.

—Un arma, sí —dijo él con tono profesional—, creo que es una nueve milímetros. ¿No sabías nada? No, no la toqué, pero le eché un vistazo. Me parece que sería bueno que vinieras a estudiar la situación. Te dejo sobre la mesa una tarjeta con mi número de celular por si necesitás algo.

Tengo que decir que esto me sorprendió. No que conociera el arma (hace mucho que los insólitos conocimientos de Sherlock sobre los más variados temas dejaron de sorprenderme), sino que tuviera tarjetas personales con su teléfono. Me acerqué a mirarla. Era sobria y elegante. Decía apenas “Francisco

Méndez, investigaciones”. Es decir que estaba preparado para esta situación. Quién sabe cuánto tiempo llevaba preparándose.

Luego nos despedimos de Aurora y bajamos al tercer piso. En el pasillo el olor a insecticida me hizo estornudar tres veces. Sherlock me extendió un pañuelo de papel (una de las cosas que su madre le pone en los bolsillos) mientras sonreía.

—¿Qué es lo que te pone tan contento?

—Un caso, Watson, ¿te das cuenta? Un verdadero caso.

—No te hagas ilusiones. Lo más seguro es que la chica se asuste y decida llamar a la policía.

Movió la cabeza, aún sonriendo.

—Para nada. Esa chica tiene diecinueve años y lo último que quiere es tener que explicarle cosas a la policía. Me va a llamar a mí.

La información me interesó. Quisiera aclarar que yo pronto voy a cumplir dieciocho, de modo que Paula acababa de convertirse en una persona cercana.

—¿Diecinueve años? ¿Y está buena?

Él se encogió de hombros. Su mente estaba en otro lado.

—Te pregunté algo. ¿Está buena?

—No sé, ¿y qué importa eso?

Ese es exactamente el tipo de comentario que hace que la gente lo vea como un marciano. Pero no tiene sentido decírselo.